

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada del presente número:
7.400 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

MUSICA CELESTIAL

Era una historia bien lastimosa la de aquella pobre Elvira.

Vieja ya y pobre, consumíase de tisis en un cuchitril de una buhardilla, la que joven había en el teatro ganado unos cuantos miles de duros con su hermosa voz de soprano.

Un día, al salir de la ópera, donde llamaba poderosamente la atención de todos los pescadores de bellezas femeninas, se encontró con un lindo joven bien trajeado, en cuya conversación quedaron enamorados él de su linda voz de ella, y ella de sus melosas palabras y lindos bigotes de él.

Casáronse. Hicieron un encantado viaje de boda. Volvieron. Se instalaron en su nueva casita, que daba al campo. Pasaron en ella la primera noche. Amaneció el primer día, risueño y arrebolado de ilusiones y esperanzas... ¡Ay! cuántas veces los arreboles de la mañana son nublados a la tarde, y cerrazón completa por la noche.

En efecto; convidado por lo risueño de la mañana, apenas desayunado, salió de paseo él de los lindos bigotes. Y se debió alargar tanto que llegado el mediodía no se presentó a comer. La pobre Elvira comió sola. Llegó la tarde y el paseante no volvía. Atardeció y se fué el sol del horizonte, sin que desde el balcón que daba al campo se notase que venía el ausente. Llegó la noche, indiferente, y tampoco asomaron por ningún lado los lindos bigotes del reciente esposo.

Entonces, por primera vez, se le ocurrió a Elvira examinar la casa y sus cofres, y cuando al abrir uno de ellos se encontró con que faltaban los valores de varios miles de duros, sus ahorros sacados de las tablas, la infeliz vió descorrido el velo de todos sus engaños. La había robado su malvado engañador. En vano esperar más.

No tuvo Elvira valor para decir a nadie su ignominia. Sin dar ninguna explicación pagó a sus criadas, despidiólas, levantó la casa en que sólo había vivido tres días y aún estaba nueva, y se fué...

Nadie supo en mucho tiempo nada de ella. Se contaba aquello que se había visto, como una historia de misterios llena. Se conjeturaba, se adivinaba, se decía... pero no se sabía puntualmente nada.

Entre tanto Elvira, viéndose engañada, robada, necesitada... en alas de su desesperación, echóse a rodar por los vicios más innobles hasta hundirse en la corrupción, sin esperanza, sin honor, sin pureza, sin salud, sin fe y sin religión. En los círculos de gente degradada, en que giraba desventurada, nadie sabía su procedencia, ni cono-

cia su origen, ni casi su nombre. La llamaban *La Blanca*, porque al lado de toda aquella negrura de gente, era notable la finura de su cutis. En esto y en algunas sublevaciones de su delicadeza antigua, y del pudor, que aun en medio de su vida de cómica siempre había conservado, se conocía que era algo más que lo que la rodeaba.

Lo notable en ella era que nunca permitía que se le hablase ni mal ni bien de curas, de religión, ni de sacramentos.

Entonces estaba enferma. Y la tisis adelantaba de manera que ya el doctor había decretado que lo mismo podría durar un mes, que una semana, que un día.

Una joven, Inés, que lo supo, por una serie de buscadas casualidades logró un día penetrar en el chiribitil de la enferma, casi fingiendo una equivocación. La vió, la interrrogó con cariño, la trató con cuidado, y afectando indiferencia la estudió para formarse el plan de salvación de aquel naufrago en el mar de la vida, que, si no se le sacaba pronto al puerto, se hundiría roto y deshecho en el mar sin fondo de la eternidad.

Después de haber encargado que al primer amago de gravedad próxima la avisasen sin remedio, acompañada de su amiga íntima Carmen, gastó en balde sin hablar ninguna palabra de religión ni de sacramentos cerca de un mes, a veces a visita diaria, a veces a espacios de cinco o seis días para hacerse desear. Como al fin y al cabo ella y Carmen eran las únicas personas delicadas que pisaban aquella pobre morada, la cómica se les aficionó en extremo y llegó a no poder pasarse sin su visita y conversación, y a quejarse tristemente cuando tardaban más de dos días, y aun a enviar aviso de que viniesen por caridad.

El tiempo pasaba. La tisis consumía a la pobre Elvira. Siempre estaban temiendo verla muerta al día siguiente. Pero ¿qué hacer, Dios mío? Ya Inés se había atrevido una vez a insinuar algo de religión y de confesiones. ¡Horror! Elvira que le consentía y escuchaba todo, se irguió rabiosa, le tapó los labios y con imperio de reina de teatro la mandó callar, pues no consentía que le hablase nadie de estas cosas.

—¡Dios! ¡Dios!—decía crugiendo de dientes la infeliz—si existiese Dios... no me hubiera hecho a mí tan desgraciada.

¿Qué desgracia era la suya? era lo que ignoraban Inés y Carmen. Tenían ante sus ojos un abismo insondable y oscuro.

Un día se levantó Inés de la comunión más contenta que cuando Arquímedes descubrió no sé qué ley de física; corrió contentísima a su amiga y la saludó regocijada diciendo: ¡Carmen! ¡Carmen! Ya sé cómo! ya lo sé!!!

¿Qué sabía? Sabía porque lo había adivinado que el único placer que en medio de su

degradación y frialdad conmovía a su enferma era la música, sabía que entre los cachivaches que del naufragio de toda su hacienda había sacado la antigua cómica, en un rincón guardaba con cariño un violín ya gastado, que según le decían los vecinos de *La Blanca*, tocaba primorosamente cuando estaba sana.

Y era lo bueno, que Inés por fortuna sabía tocar este instrumento, no muy mal que digamos, y cuando se ensayaba mucho, bastante decentemente.

Era un miércoles: fueron las dos amigas a su visita acostumbrada, púsose Inés a enredar entre los trebejos de *La Blanca* y fingió como que por primera vez caía en la cuenta del hallazgo del violín.

—¡Un violín! ¡Un violín!—exclamó y con calculado entusiasmo lo arrebató, lo afinó un poco, lo probó, y una tras otra fué sacando varias habilidades que sabía muy bien, porque tocándolas diez o doce veces seguidas, había con ellas aburrido más de cuatro veces a los de su casa, pero que allí, sonando por vez primera ante un auditorio nuevo, le valieron aplausos de sus oyentes que la miraban casi con veneración, y (lo que ella más deseaba) de su enferma, que tuvo una tarde como haría años y años no la había tenido.

Quedaron en que vendrían al día siguiente a entretener a la enferma con un gran concierto de violín y aún de canto. En efecto, así lo hicieron, pero no al día siguiente, para preparar mejor la impresión y de paso para ensayarse mejor en algunas piezas, sino el viernes por la mañana.

Era la tarde bochornosa. El viento Sur había amontonado girones de nubes sobre el cielo, y el aire africano, tibio y grueso, tenía los nervios en una tensión muy especial y apropiado para impresionarse con la música.

Tocó Inés varias piezas de las que más conocidas tenía: una porción de caprichos que solía tocar a sus amigas; y para fin de fiesta, empezó el *Aria de Stradella*, que de propósito llevaba muy ensayada. Carmen-cita que sabía muy poca música, pero cantaba muy afinado de oído lo que aprendía de memoria, como sabía la letra de esta *Aria*, la comenzó a tararear por lo bajo con muy delicado sentimiento, y animándose, fué más y más levantando la voz, y comenzó a cantar, como si en efecto lo hiciese de veras con toda entonación.

¡Pobre Elvira! lo que entonces sentía, hacía muchísimo tiempo que no lo había sentido. Al oír aquella vozcita no muy fuerte ni notable de timbre, pero llena de dulce sentimiento, que en dulcísima y sentidísima plegaria acompañada del flébil violín imploraba perdón de Dios, y pedía humilde a Jesucristo que no la castigase... su cora-

zón comenzó a responder como un eco a la voz de la sencillísima cantora.

Cerró *la Blanca* dulcemente sus ojos en su lecho: cruzó humilde sus manos, y sin hablar una palabra fuese empapando en aquellos sentimientos, sin acertar si lo que la conmovía era la música, o la voz, o la letra, o sus remordimientos...

Pieta Signore!—Ella lo sabía y cantaba interiormente en italiano.

«¡Piedad, Dios mío!—le cantaba Carmen en castellano.—De mis dolores, piedad, Señor.

«Si mi plegaria llega a tí, no me castigue, no, tu rigor.

«Antes piadoso, dulce, amoroso, a mi tus ojos, vuelve Señor».

Envuelta en notas le daban la inspiración que ella no había querido escuchar sin música.

Sin embargo, tuvo valor aquella tarde, y aunque no pudo disimularlo tanto que no lo advirtiesen sus visitadoras, pero no dijo una palabra de todo lo que ella misma tal vez no sabía darse cuenta o no quería, o no podía menos de sentir, pues efectivamente estaba transformándose lo más interior de su espíritu.

Se despidieron los músicos de *la Blanca*. Elvira las dejó ir casi más friamente por su parte que los días pasados. Era que la pobrecita no quería dar a entender su conmoción. Alabó, sin embargo, el arte y las invitó a que al otro día volvieran y le trajesen otras piezas. «Pero más alegres—dijo—que esa última.»

Aquella noche *la Blanca* durmió poco, sin saber por qué. Estaba muy inquieta. Tuvo una pesadilla muy cansada. Soñaba que Inés tocaba el violín y ella quería cantar como Carmen; y empezaba el Aria de *Stradella*, y decía muy bien *Piedad, Dios mío!*... pero no pasaba de ahí, porque se le apagaba la voz, como si cantase en una atmósfera de hidrógeno, en que se pronuncia todo y no se oye nada. Y volvía a repetir mil veces *Piedad, Dios mío!*... y no podía pasar adelante.

También se acostaron muy tarde Inés y Carmen, que se ensayaban para el día siguiente. Porque conferenciando las dos amigas habían determinado cantar y tocar juntas al otro día las piezas que Carmen mejor supiese y entre otras una que a las dos gustaba muchísimo, y que Carmen cantaba cuan divinamente ella podía cantar: el Ave María de Gounod.

—Mira,—le dijo Inés—mañana es sábado, la Virgen lo va a hacer todo. Vamos a aprender bien el Ave María. De seguro que la conoce Elvira; y al recordarla, no lo dudes, se conmovirá. Mañana no se nos escapa. Comulgaremos por ella y a la tarde le encajamos el Ave María, aunque sea cincuenta veces, hasta que se conmueva. A ver cómo cantas bien. La Virgen se encarga de lo demás.

Se despidieron. A la mañana las dos ofrecían su comunión por la conversión de *la Blanca*.

Aquella tarde estaba serenísima. Tal debió estar aquella otra en que el Arcángel, plegadas sus alas, se dejaba caer desde el cielo en la casita de María de Nazaret, y con un cetro de azucenas en la mano, prostrado a los pies de su Señora, le decía en aéreas palabras imperceptibles al oído humano aquella hermosísima plegaria: *Ave, gratia plena, Dominus tecum*.

Inés estuvo admirable. Era tal el empeño que había traído de lucirse y la confianza que tenía en la Virgen, que el arco rasgaba las cuerdas con fuerza y delgadez en ella inusitadas, los dedos se movían sobre el violín con destreza y precisión finísima, y las notas salían tan expresivas que rasgaban el corazón de *la Blanca* y hubieran rasgado el corazón de la más negra que allí hubiera estado presente oyéndola.

La Blanca estaba entusiasmada, asombrada, estupefacta. Aplaudía hasta no poder más.

Carmen desconocía a su amiga. La escuchaba llena de pasmo y se preparaba para su número, que era el más importante y crítico de aquella tarde, para su Ave María, dulcísimo preludio de Bach, arreglado por Gounod. Así que no se resistió nada cuando Inés, cesando de sus tocatas, le dijo:—Ahora a cantar tú, Carmen, que ya yo he tocado sola bastante.

—¿Y qué canto? Ya sabes que yo no sé sino cantos sosos y que no le gustarán a Elvira.

—Ya me gustarán; cante V. lo que quiera. Paróse Carmen un poco y como discutiendo añadió:

—Si acaso el Ave María de Gounod... Pero tal vez no le guste a V., Elvira.

—Si que me gusta. Todo lo que sea de Gounod me gusta. Y me parece que eso caerá muy bien a su voz, señorita Carmen, y veremos cómo se luce V. en los arpeggios, señorita Inés.

—Pues ea, el Ave María de Gounod.

Y comenzaron los dulcísimos arpeggios, y resbalando en ellos como leve barquilla que se mece sobre espumosas y desiguales olas, la tenue vocecita marcaba dulcísima todos los afectos de la súplica, mientras la niña levantaba sus dos ojillos azules al cielo, dando con la figura tal expresión a su canto, que *la Blanca* la estuvo mirando sin pestañear desde el principio hasta el fin, sorbiendo todo lo que en aquella criatura angelical oía, veía y adivinaba.

Cuando concluyó Carmen, *La Blanca* escondió su rostro en sus dos manos y quedó un largo rato hundida en su silencio, sin hablar una palabra. Tanto que las dos amigas temieron le hubiese venido algún daño.

—¿Qué tiene usted?—le preguntaron una y otra vez, sin lograr respuesta, ni siquiera que levantase la cara de sus manos. Hasta que por fin se irguió y respirando fuertemente, sin llorar, con pasmosa serenidad aparente les rogó que le repitiesen el Ave María.

—Esto me hace mucho bien—les decía:

Hicieronlo así, mejor quizá que la primera vez, bajo la impresión del huracán que sentían rugir y acercarse en el corazón de *La Blanca*, y que las dos niñas adivinaban sin trabajo.

Al terminar la repetición no fué solo huracán lo que pasó por el corazón de Elvira. Una lluvia deshecha de lágrimas brotó de sus ojos, y repitiendo ella entre sollozos horribles las últimas palabras que acababa de oír, y que sabía muy bien por haberlas cantado en otros tiempos, dijo con profunda emoción:

—*Ora pro nobis, ora pro nobis, ora pro nobis peccatoribus...* Si, sí. Ruega por nosotros pecadores, Madre de Dios; ruega por mí, pecadora, la pecadora de aquí, porque estas pobrecitas no son pecadoras. Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte... Amigas mías, lo único que de la piedad que me enseñó mi madre me quedaba era la devoción a la Virgen. Me habéis cogido por el punto más débil. Venid mañana y hablaremos de cosas que vosotras tal vez sospecháis, pero que no sabéis, y estáis deseando que yo las diga. Ya os lo he conocido hace mucho tiempo, pero no me quería dar por vencida. El Ave María de Gounod me ha rendido. Aunque no ha sido el Ave María de Gounod; ha sido su violín de V., Inés, y su voz de V., Carmen, y sobre todo la caridad de las dos. La música de Gounod es música terrena, la vuestra es... música del cielo.

Al otro día se desahogó *la Blanca* con las niñas; ellas le trajeron un confesor; éste la preparó para bien morir, y recibidos los sacramentos con muchísima devoción, voló aquella mujer desgraciada en la tierra a ser dichosa en el cielo.

R. V. FILLÍN, S. J.

De dónde salen las bodas

I

Pepito y Pepita se querían mucho, muchísimo; se querían... ¡la mar! Habíanse conocido en el baile de la Marquesa del Espliego.

El abogado recién salido del cascarón de la Universidad, sacó a bailar a ella, modernista de escote ancho y falda corta, y allí empezó el idilio. Pepe le dijo a Pepa que era muy bella, y Pepa le dijo a Pepe que era simpático. Pepe le dijo que la prefería entre todas las de salón, y Pepa no le dijo nada, pero se lo creyó a pie juntillas, y que si ya lo veremos, y que si ya lo hemos visto, se entendieron Pepito y Pepita, y... ¡a quererse tocan!

Amor nacido en un baile, buscó la crianza y la niñez en el teatro, donde ambos, al lado de la simpática mamá, representaban comedias que ni Romeo y Julia, ni Paolo y Francesca, ni los amantes de Teruel, tonta ella y tonto él, como dicen las historias hubieran podido igualar.

Me acuerdo que Pepita, amiga de mi casa, esforzándose por presentarse en ellas y en todas como reina de la moda, y cada traje ceñido y cada encaje vaporoso, formaba en su concepto un hilo de aquella red, en que tenía cautivo a su Pepito, uno de los partidos más ventajosos de la ciudad.

Así pasaron seis meses, y la hora de unir aquellas almas con el vínculo indisoluble del matrimonio acercábase por momentos, cuando ¡oh desdichas y contratiempos de la vida!, a Pepito le salió un destino en Madrid, y los *inseparables*, como en mi casa se les llamaba, hubieron de perder el *in*, quedándose primero con separables y después con separados. ¡Pero qué de promesas, qué de lindezas al formar Pepito su maletín! La más insignificante de las condiciones a que los dos se sujetaron, fué a la de escribirse una carta en cada tren que saliese a Madrid o que para Madrid bajase, aunque fuera tren de mercancías.

II

Y pasaron otros seis meses.

Al principio menudeaban las cartas, hasta el extremo de que entonces salió una nueva edición de sellos de quince céntimos, y mis hermanitos dieron como razón el que los dos Pepitos habían agotado la antigua.

Poco a poco las cartas que venían de Madrid contestaban en globo a cada tres que a Madrid llegaban. Después...

A los seis meses Pepita supo que su Pepito se casaba con una colegiala recién salida de uno de los más famosos centros dirigidos por las Religiosas.

¡Aquí fué Troya! La niña se puso a dieta, pensó tomar arsénico para suicidarse, y dejó de tomarlo porque le dijeron que sabía muy amargo; pero la amargura del arsénico vertióla en una carta que escribió a su ingrato Pepito, recordando promesas, memorias de bailes, juramentos de teatros, en fin el arca de Noé.

Pepito no le contestó directamente a ella; escribió a una amiga de la engañada Filis, afirmando que era cierto su futuro enlace con la ex colegiala, cuyas virtudes ponía por las nubes, elogiando su modestia, su amor al recogimiento y a la casa, el recato en el vestir, y después del panegirico concluía la carta con esas memorables palabras dignas de un jurisconsulto:

«En cuanto a Pepita, es cierto que la tuve y aún le tengo cariño; pero me espanta la idea de que pueda seguir después de casada con toda la coquetería y desenfado de soltera. Estas mujeres sirven para pasar el rato, pero no para madres. Créame, un pecho que suele estar siempre tan desabrigado, no dará nunca el calor suficiente para educar a sus hijos.»

ALBERTO RISCO.

Entre obreros

—¿De dónde vienes, Benito?
—De comulgar.

—¡Me hace gracia!
Pero, oye... ¿Y la democracia...?
—A mí ya me importa un pito.
—¿Te han comprado los clericales?
—Han hablado a mi conciencia.
—Y eso, ¿qué es?... ¿alguna ciencia pa hacer bombas infernales?
—Respeto, Eugenio, siquiera y oye lo que me ha pasado, Pero ten por de contado no me convence cualquiera.

—Yo era, como sabes bien, igual que tú, socialista, y casi, casi anarquista, y hasta incendiario también. A la burguesía odiaba, dudaba del Ser Supremo, y, por fin, era tan... memo, que hasta el crimen me halagaba. Mientras, en mi pobre hogar, mi mujer, ¡cuánto sufría! nunca el jornal recibía, que gastaba en *juerguear*.

El trabajo me faltó muchas veces, y encausado por cien huelgas me he encontrado.

—Y a mucha honra... ¡Como yo!

—Ni mis hijos, la alegría y de mi hogar el consuelo, me inspiraban ese anhelo de paternal simpatía.

En resumen: mi vivir, era un infierno constante, era una angustia irritante, era un eterno sufrir...

—Pues cuando el proletariado arrolle a la burguesía, no tendrás un solo día de encontrarte en ese estado.

—¡Ilusión!... En esa lucha siempre víctimas seremos y a otros les ayudaremos para que aumenten su hucha. Siempre serás un obrero;

si no te rinde un balazo y los tuyos, sin tu brazo, carne de hospital severo.

—Puede que tengas razón,

—¡Y la tengo!

—Dí... ¿Qué modo hay para olvidarlo todo?

—Pues la Santa Religión.

Una alma, piadosa y buena me abrió los ojos a mí, y desde entonces sentí dulce paz que me enajena.

Trabajo nunca me falta; cariño, en mi hogar abunda; no siento la envidia inmunda, y el rencor ya no me asalta.

¡No sabes tú con qué excesos de amor los míos me esperan! ¡Cuántos como tú, quisieran poder gustar tales besos...!

—Me hablas tan sinceramente que te escucho emocionado.

—La campana que ha sonado te invita a ser un creyente.

—Desde hoy, la fe mi divisa será... Conque, adiós...

—¡Escucha!

—Llevo mucha prisa mucha...

—Pues ¿a dónde vas?

—¡A misa!

—¿Quién eres tú?—preguntó la fange invasora al único ciudadano que no había huído del pueblo y que estaba como derrumbado de tristeza sobre una piedra—. ¿Quién eres tú?

—Yo soy el Obispo—contestó sencillamente.

No sólo han sido pastores de almas esos sacerdotes de Cristo. También han pastoreado los cuerpos confortándolos, marcándoles un derrotero, restañando sus heridas, aliviando sus dolores...

Más tarde, cuando Europa deje decir la verdad; cuando no haya en el fondo tenebroso de ciertos antros mil manos para ahogarla, y en los patios de los cuarteles miles de bayonetas para traspasarla; cuando pueda aquilarse la conducta de cada partido y de cada personalidad en esta hora trágica del mundo; cuando se arrastre al banquillo personajes que ya reflejan en sus semblantes el pavor de las responsabilidades en que incurrieron y en sus cabelleras la ceniza de las penas que rebosan de sus corazones infames; cuando llegue, en fin, el suspirado día del balance, saltará a la vista el haber del clero, porque ha quedado a prodigiosa altura sobre todos los partidos políticos, singularmente sobre el que antaño le persiguió de muerte y que hogaño hace actos de contrición y pucheretes de beata frustrada. Saltará, sobre todo, a la vista del mundo la excelsa figura moral de este Papa, inaccesible al halago y a la amenaza, derecho en su camino, donde tropezó más de una vez con los abrojos en un calvario.

En estos días de bélicos mensajes de Reyes y Emperadores, de Zares y presidentes, permítaseme refugiarme en esas humildes plegarias por todos los que no existen, por los débiles y los desarmados, porque se acuda a las vías de la razón y de la justicia para arreglar el pleito sangriento en que se ha metido el mundo, permítaseme— a mí...—unir mi voz a las de los Mercier, Charost y el Papa, en las plegarias blancas.

LUIS BONAFoux.

(De *Heraldo de Madrid*.)

Charla

—Me consta que el otro día, yendo de viaje, fuiste un grosero. De manos a boca te encontraste con dos monjas, y sin ninguna clase de miramientos las insultaste. Es decir, que caíste de cabeza en la estúpida grosería de atropellar a seres débiles e indefensos. Tú que te asustaste porque un perro te derribó unas barbas postizas y llegó tu susto hasta el extremo de no darte cuenta de que tragabas agua y más agua de Loeches, has tenido valor para insultar a unas pobres monjas. Nunca pensé yo que fueras tan valiente.

—Pero, ¿qué hecho yo?
—Tú pronunciaste unas palabras injuriosas contra aquellas benditas religiosas que

ni se metían contigo, ni te debían nada. Antes de ofender a aquellas santas mujeres, debías haberte acordado de tu madre que también era mujer. Fuiste un cobarde, pero con un género de cobardía de lo más vil y abyecto que se conoce, pues no hay peor cobardía que insultar y ofender a quien por la debilidad de su sexo y condición de su estado ni sabe ni puede defenderse. Eso has hecho tú. Ya lo sabes.

—Lo que yo dije fué que con esos hábitos que usan van hechas unos adefesios y que... maldita la falta que nos hacían las monjas, que el gobierno debía prohibirlas.

—A tí si que había de prohibirte. ¡Ni siquiera sabes hablar!

—Pues ya ve usted...

—Sí, ya veo. Vamos a cuentas. ¿A tí qué te importa que las monjas vistan como visten, que lleven rosarios, que recen mucho, que unas se encierren en los hospitales y otras en sus conventos, a tí, repito, ¿qué te importan estas cosas? Esto es lo que yo quisiera saber, pero estoy seguro que no me lo dirás. Vamos a ver qué mal hay en que las monjas... sean monjas, y que se vistan como visten.

—Hombre, como mal, no es que haya mal; pero ya ve usted que vestir así...

—Bien. Pero dime: ¿qué traje o qué vestido quieres que lleven? Vamos a ver. Puede que tú te metas ahora a reformador de los conventos de monjas y señales la clase, forma y color del hábito que han de usar. ¿Cómo quieres que vayan vestidas?

—Ya comprenderá usted... ir así...

—Vamos, que a tí no te gusta que vistan así; que tú quisieras que fueran vestidas de otro modo, ¿no es eso?

—Eso, eso es. Sí, señor.

—Perfectamente. Pero imagínate que ellas se encaran contigo y te dicen: si a usted no le gusta nuestro modo de vestir, quiere decir que a usted nunca se le ocurrirá vestir como nosotras. Pero con el mismo derecho que usted gasta blusa, o chaqueta, y las señoras, faldas, más o menos anchas, lazos, cintajos y sombrero, nosotras vestimos así porque queremos, porque nos da la real gana, en una palabra. Imagínate que te contestan esto, que yo te lo diría y otras cosas más si estuviera en su pellejo, ¿qué vas tú a responder? Que llevamos rosarios, medallas, escapularios y rezamos mucho, ¿a usted qué le importa esto? ¿No fuma usted porque quiere fumar, y va usted a la taberna y a los mitines, y, en fin, hace de su capa un sayo? Pues con el mismo derecho hacemos nosotras eso mismo que usted nos echa en cara. Vamos, ¿qué responderás a todo eso?

—Bueno. Pues que se vistan como quieran.

—Pues por ahí debías haber empezado, y no hacer el tonto como lo estás haciendo.

—Bueno. Pero, ¿para qué queremos a las monjas? ¿Qué hacen en el convento?

—¿Qué hacen en el convento? Vete allí y lo verás.

—No dejan entrar.

—Pero, ¿tú querías ver por dentro un convento de monjas?

—Sí señor.

—¿Para qué?

—Para ver lo que hacen.

—¿Y qué te imaginas tú que hacen las monjas en sus conventos?

—Yo, nada: gusto de verlo.

—No. Sé franco. ¿Qué piensas tú que es un convento de monjas?

—No, señor. Si lo que digo yo es que qué hacen allí encerradas; que por qué han de vivir encerradas para toda la vida. Eso es matarse.

—Hum... hum... te veo venir. Ahora va a resultar que tienes lástima a las monjas. En cambio, otras veces dices que quieres exterminarlas. Váyase lo uno por lo otro. Pero no, no es esto lo que tú quieres decir. Yo quisiera que me contestaras a esta pregunta: ¿tienen derecho las monjas a ser monjas? Dime sí o no, y no me andes con rodeos.

Confesiones de un radical

Al principio de la guerra, cuando hubo que lamentar flaquezas, relegadas ya al olvido—y más vale así—, el clero dió ejemplo de acendradas virtudes al elemento civil, desmoralizado...

—Hombre..., ¿para qué las queremos ahí? ¿qué falta nos hacen las monjas?

—Las monjas no son monjas porque a ti te hagan falta o dejen de hacerte. Ellas, al abrazar ese estado, no tienen el deber ni de pedirte parecer ni de consultar tu gusto. Son monjas en uso de un derecho indiscutible. ¿No eres tú republicano, y socialista, y demócrata y no sé cuantas diabluras en una pieza en uso, según dices, de tu libertad? Pues en el mismo caso, y aun con más derecho se encuentran ellas. ¿No vives tú en compañía de tu mujer y formas sociedad con tus amigos invocando para esto el derecho de asociación? Pues ellas viven juntas en su convento en virtud de este derecho por otro más sagrado aún.

—Sí; para hacer escapularios y engarzar rosarios.

—¿Y qué? ¿No hay otros que se dedican a hacer sombreros, o zapatos o lo que les viene bien? Y bien mirado, un poco, bastante mejor es engarzar rosarios y hacer escapularios que hacer el tonto como hacen muchos. ¿Qué haces tú en tu casa?

—Si es que las monjas, no pegan en estos tiempos.

—No estaría mal que pudieran pegar, porque el mejor medio para tener a raya vuestras procacidades sería la tranca.

—Si no me refiero a eso. Lo que yo digo es que las monjas no encajan en estos tiempos.

—Para vosotros que no sabéis ni lo que es Religión ni lo que vale y significa consagrarse a Dios, no encajarán. Pero ya te he dicho antes, que las monjas no tienen obligación de pedirte tu parecer para ser monjas. Tú no sabrás apreciar nunca la importancia moral y social que entrañan los institutos religiosos de mujeres; pero esta ignorancia tuya no les hace perder nada de su inmenso valor. Hay muchos que desconocen la influencia benéfica de los astros y de las estrellas y, sin embargo, esa influencia existe.

—Pero ¿qué ganamos con las monjas?

—Y contigo y con otros como tú, ¿qué vamos ganando? Si no estás ciego, no

dejarás de ver que debido a las monjas han encontrado amor y solicitud maternal muchos desgraciados que, sin ellas, hubieran muerto desamparados en medio de la calle abandonados por vosotros. Vete a los hospitales y podrás comprobar esto que te digo.

—Eso lo harán, las que no viven encerradas en los conventos.

—Sí, esas a quienes tú tuviste la poca vergüenza de insultar.

—Pero ¿y las que están encerradas en el convento?

—Estas, en diverso orden de cosas hacen más, pero que tú no lo ves, ni al paso que llevas lo comprenderás jamás.

—¿Qué hacen?

—Estas hacen por tí, lo que tú y otros como tú debierais hacer y no hacéis.

—¿Por mí?

—Sí, por tí. Tú no hablas con Dios, ni oras a Dios, ni tratas con El. Tú ofendes a Dios e irritas su justicia y no se te ocurre hacer algo para aplacarle, y eso que tú no haces lo hacen ellas. Oran por los que no oran, y se sacrifican por los que después de ofender a Dios se olvidan de pedirle perdón. Esto y mucho más es lo que hacen. Tú te encogerás de hombros y dirás que no entiendes; pero esta ceguera tuya no disminuye el valor social del continuo sacrificio a que continuamente se dedican. El mundo ignora el valor de este sacrificio, y porque le ignora no le agradece, pero esta ingratitud aumenta su precio y su valor. Ya lo sabes. Si no entiendes esto que te digo, es señal de que estás incapacitado para hablar de estas cosas, y siendo así, lo mejor que puedes hacer es dejar en paz a esas benditas mujeres que en uso de su libertad se han consagrado al servicio de Dios y del prójimo.

F.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. A 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos.

Los diez años juntos 20 ptas. El importe, al hacer el pedido.

Dstrucción de las babosas y caracoles

Tengo un huerto donde no podía prosperar ninguna planta a causa de una fuerte invasión de caracoles y babosas que destruyeron toda la vegetación.

Me complazco en manifestarle, por si tiene a bien hacerlo público, que he logrado exterminar tan perjudiciales huéspedes por un procedimiento sencillísimo, de poco coste, y sin dañar las plantas.

En la parcela plantada o sembrada puse sulfato de hierro en polvo, librando la planta del sulfato para no quemarla; es decir, apliqué el sulfato en los bajos de los surcos, lo que hacen ya otros agricultores de ésta, y logramos con ello matar toda clase de caracoles y babosas.

Con este producto se consigue además reconstituir el terreno y así la planta adquiere más vigor y lozanía.

Este es el mejor procedimiento para acabar con toda clase de caracoles y babosas, el empleo del sulfato de hierro en polvo alrededor de la planta sin tocar a ésta.

ANTONIO SEBASTIÁN.

Correspondencia administrativa

Sr. D. R. G. V.—Montefrío.—Pagó fin 1916.

Sr. D. P. S.—Zureda.—Pagó fin Octubre 1917.

Sr. D. J. L. F.—Campomanes.—Id. fin Agosto 1917 y gracias por su donativo de 3 ptas.

Sr. D. M. L.—Toñanes.—Id. fin 1916.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Recibido G. P. y cartas. Gracias por todo.

Sr. D. J. T.—Muro.—(Mallorca) Id. fin Marzo 1917.

Sr. D. G. H.—Cuenca.—Id. fin Febrero 1917.

RECOGE V. SELLOS

Mandando sellos usados ordinarios procurará usted gran gloria a Dios. Ayudará a librar a los jóvenes de las malas lecturas y propagará las buenas entre los niños necesitados. Pida informes y detalles de este hermoso apostolado. Para ello basta que mande su tarjeta o sus sellos en sobre abierto con sello de ¼ de cént. a Sr. Director de "La Rotativa"—Apart. 213.—Barcelona



Dr. Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Consulta mañana y tarde.

Corrida, 63, Gijón.

Talleres mecánicos de construcción y reparación de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.—Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general. Prensas y mayadoras para manzana.

Imp. de Lino V. Sangenís.—Gijón

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc.

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

OBRAS TEATRALES

A propósito para Sociedades Obreras, Centros de Recreo y Colegios.

El Anarquista, (drama en 2 actos, 2.^a edición).

Mitín Socialista. Episodio en un acto.

Jauja. Juguete en 3 cuadros.

El Señorito. Sátira en 1 acto.

El Requeté. Jornada en 3 cuadros.

A peseta cada una. Pidiendo las cinco de una vez a 0'75 ejemplar. De venta en esta Administración.

FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—